

# CARIÁTIDES

Por Juan GARCÍA PONCE

Dibujos de Alberto GIRONELLA

A MECHE

UNA TARDE DE ENERO, después de muchos meses, de pronto, en la calle, me encontré a Raúl. Había estado lloviendo y un viento helado y cortante se colaba por cada bocacalle. Él estaba tan peinado como siempre y el frío no parecía afectarle en nada. Como no tenía que hacer, lo invité a tomar un café.

Apenas estuvimos acomodados, mientras yo me frotaba las manos y soplabla sobre ellas tratando de hacerlas entrar en calor, me preguntó si ya sabía lo de Gabriela. Le contesté que no, y era verdad; como también lo era que no estaba interesado en saberlo; pero afuera hacía frío y no teníamos nada más de que hablar, así que después de la primera respuesta me quedé callado.

—Está en un sanatorio —siguió él.

—¿Por qué? —pregunté yo.

Él sonrió, satisfecho.

—Dejó a Erick y se volvió loco. ¿No es increíble?

Aunque no pensaba lo mismo, no tenía ganas de exponer mis motivos y no contesté nada. Raúl siguió hablando. Su café se enfrió en la taza sin que lo tocara; yo terminé el mío y me fumé varios cigarros. Al fin, como si nos fuéramos a ver al día siguiente, dijo que tenía que irse, nos levantamos y lo acompañé hasta la esquina, donde tomó un taxi.

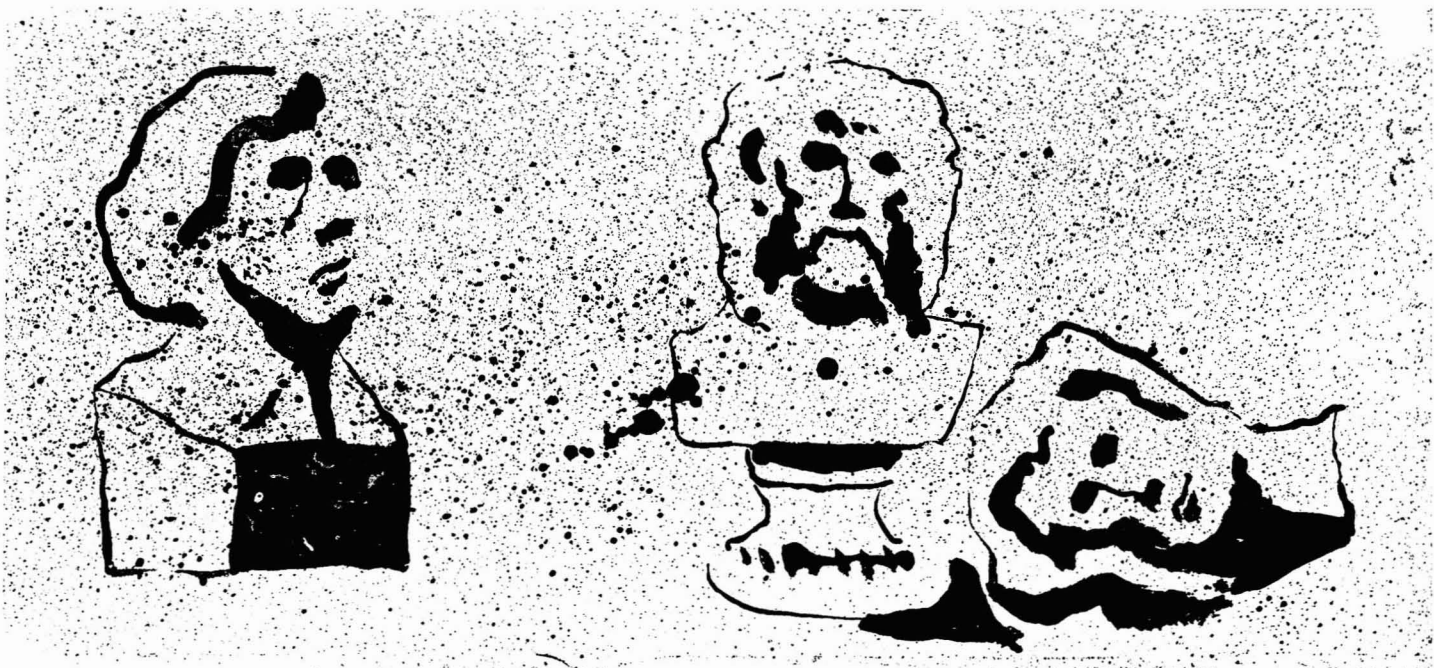
Seguía haciendo frío, pero el aire había disminuído y decidí que podía regresar caminando a mi casa. Durante el trayecto pensé todo el tiempo en Gabriela, en los Riviere, y me arrepentí de no haberle preguntado más detalladamente a Raúl por Elena. Aquella fue una época extraña y recordarla me producía una cierta nostalgia.

Fue Raúl precisamente el que me introdujo en el mundo de los Riviere, de Elena, de Gabriela y de Pablo, su padre. Él era primo lejano suyo o algo por el estilo, pero, desde luego, su carácter no tenía nada que ver con el de ellos. Todavía recuerdo la sorpresa que me produjo saber que conocía gente de ese tipo. Porque los Riviere eran, en verdad, una familia extraordinaria. Pablo, el padre, había hecho una fortuna como comerciante y, gracias a esto, vivían en una casa enorme. Pero cuando los conocí no podía decirse que fueran precisamente ricos; porque apenas reunió el dinero

que él consideraba suficiente, Pablo había abandonado todo para dedicarse a realizar el sueño de su vida: ser un artista, así, en general, pero especialmente como escultor. Por este motivo, la casa estaba llena por todos lados de vaciados en yeso, torsos de bronce, cariátides que no sostenían nada y reproducciones en tamaño natural de esculturas clásicas que contrastaban violentamente con el aspecto burgués y conservador de los muebles, el mantón de Manila sobre el piano de cola y el recargado estilo colonial-californiano de la construcción.

En el empeño de realizar su sueño, Pablo había invertido gran parte de su vida y gastado, además, casi todo su dinero. Sin embargo, no pensaba ni por un instante en volver a trabajar en algo productivo; se encerraba todas las mañanas en su estudio —un salón gigantesco en el que había prohibido que se hiciera cualquier clase de limpieza por elemental que fuera, por lo que, a pesar de los innumerables objetos de valor que había reunido en él, tenía un aspecto indescriptible —y además de cientos de esculturas sin ningún interés, había realizado varios cuadros y escrito y editado por su cuenta dos libros sobre el feísmo en el arte o algo parecido; abominaba la pintura moderna, era testarudo e intransigente hasta la locura, soportaba con una sonrisa de tolerancia y compasión la tontería de su esposa (que, sabiamente, había decidido hacerse a un lado, llevar los asuntos de la casa en la mejor forma posible y guardar un silencio casi absoluto) y a pesar de todo, en mayor o menor grado —aunque esto sólo lo advertí mucho después— sus tres hijas estaban enamoradas de él. Con su único hijo, Enrique, inteligente y práctico, casi no hablaba y en el fondo lo despreciaba tanto como a su esposa. Elena y Gabriela en cambio eran sus favoritas. Con Carmen, la mayor, también estaba en buenas relaciones, sobre todo porque su marido, un vago redomado que se fingía pintor y había llegado a adquirir una cierta pericia en plagiar a Van Gogh adaptándolo al paisaje mexicano, le daba siempre la razón. Pero ella vivía en Toluca y sus visitas no eran muy frecuentes, aunque siempre terminaban con un sablazo.

Cuando Raúl me llevó a la casa, me presentó como escritor y eso, automáticamente, me dio cierto prestigio, aunque en realidad trabajaba en una oficina y escribía, sí, pero sobre todo cartas comerciales. Sin embargo, mi interés por la literatura, el arte y esas cosas era casi tan grande como el de Pablo, y el ambiente de la casa me fascinó de inmediato.



Nunca llegué a ser amigo de Enrique, pero en cambio casi me enamoré de Elena e intimé enseguida con Gabriela. Me pasaba todo mi tiempo libre en la casa y hablábamos interminablemente. Ella había estado casada y tenía una hija. Su marido no tenía nada que ver con el arte, pero creo que era muy guapo. Durante dos años más o menos habían sido felices. Nació su hija y luego ella descubrió que él la había engañado: no trabajaba en nada, jugaba, hacía trampas en el juego y todo el dinero que llevaba a su casa era producto precisamente de ellas, aunque algunas veces también ganaba limpiamente. Gabriela se separó de él y regresó con su hija a la casa de sus padres.

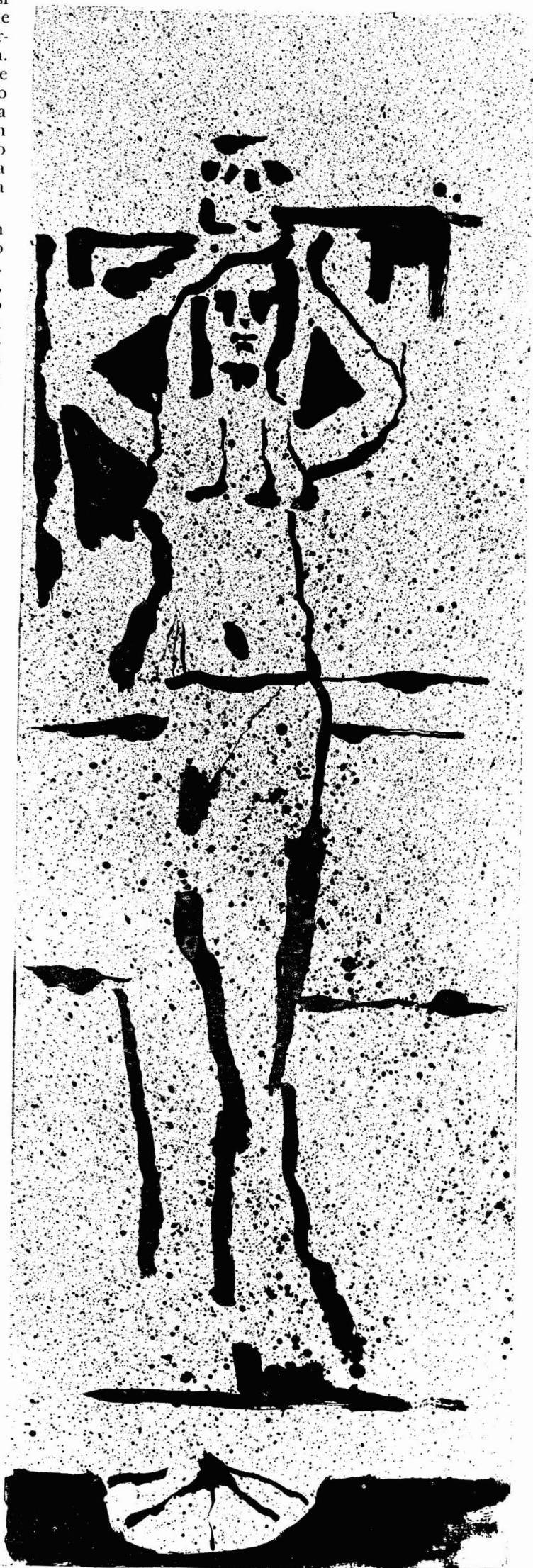
Un año después, él fue acusado de complicidad en un fraude y encarcelado. Con este pretexto, ella pidió y obtuvo con toda facilidad el divorcio y la patria potestad de la niña. Desde entonces habían pasado dos años. Luis, el marido, seguía en la cárcel y Gabriela trataba de mencionarlo lo menos posible, sin conseguirlo siempre. Su hija, una niña extraordinariamente nerviosa, de cara asustada y mirada huidiza, deambulaba todo el día por entre los vaciados de yeso y las figuras de bronce con una muñeca en los brazos y echaba a correr apenas alguien le dirigía la palabra. Gabriela, mientras, tomaba lecciones de canto, soñaba con debutar algún día en la ópera y deslumbrar a todos en general y a su padre muy en especial, y en tanto ensayaba cantando en bodas, bautizos y todos los domingos en el coro de una iglesia. Tenía una voz agradable y bien timbrada, y tal vez hubiera podido llegar a ser cantante.

Elena, todavía lo creo, era maravillosa; pero tan tímida como la hija de Gabriela. Cuando la conocí tenía quince años y estudiaba secundaria y piano. Algunas tardes, después de mucho rogarle, Gabriela lograba que tocara un momento para nosotros. Empezaba con mucho entusiasmo; pero siempre, poco antes del final se detenía de pronto, se volvía hacia nosotros, bajaba los ojos sonriendo, entre tímida y avergonzada, nos decía: "Ya lo ven... No puedo", y regresaba a su sillón a escuchar con ojos atentos todo lo que decíamos, sin intervenir para nada. Yo trataba de convencerme a mí mismo de que sólo era una niña; pero en realidad a quien iba a ver era a ella.

A veces, Pablo hacía una excepción y con el pelo cano, largo y despeinado cayéndole sobre la frente, vestido de artista, con unas botas toscas, un sucio pantalón de dril y un suéter azul oscuro manchado de yeso, bajaba de su estudio; se sentaba entre nosotros, se apartaba el pelo de la frente con un ademán cansado, y me preguntaba mi opinión sobre algún libro o alguna de sus obras recientes. Yo trataba de salir del paso en la mejor forma posible diciendo vaguedades que no pudieran molestarle, pero a él no le interesaban mis respuestas. Tomaba su pregunta como un simple punto de partida y hablando sin parar, pero no sin cierta solemnidad real, destruía a Picasso a Braque y hasta a Orozco y Rivera (a pesar de que pensaba como este último que el arte debería tener un sentido social y en su libro sobre el feísmo alababa la belleza de esas figuras de obreros sudorosos, con el martillo en alto, presto a caer sobre una piedra o sobre la cabeza de cualquier capitalista, y en cambio despreciaba la dulzura de tantas inútiles vírgenes renacentistas). Gabriela y Elena lo escuchaban embobadas y Lolita, la esposa, pasaba de pronto frente a nosotros, como un fantasma silencioso, preocupado por tonterías como la cena y la ropa que se había dado a la tintorería. Mientras, se hacía de noche; desde la calle llegaba, lejano y apagado, el sonido del tráfico; las luces de los coches hacían brillar por un momento el bronce del busto de Elena realizado por su padre y yo pensaba que todo era muy interesante y sugestivo.

Por su parte, Enrique organizaba también de vez en cuando alguna reunión. Pablo daba el permiso, pero se encerraba en su cuarto, hosco y enfurruñado, lamentando la vulgaridad de espíritu de los amigos de su hijo. Lolita, encantada de poder demostrar su habilidad como ama de casa, atendía con extrema amabilidad a los invitados; pero se ponía furiosa cuando estos dejaban sin bailar a cualquier muchacha, amenazaba con echarlos y terminaba creando un clima de inquietud un tanto desagradable. Gabriela compartía la opinión de su padre, pero bajaba siempre, aunque también siempre muy en el papel de hermana mayor seria e interesada en otras cosas. Elena, con calcetines todavía, se sentaba en un rincón y miraba todo con ojos desorbitados. Yo, que asistía también, con Raúl, me libraba de la obligación de bailar conversando con Gabriela.

Las fiestas, en general, aunque no muy divertidas, sí eran bastante ruidosas. Los amigos de Enrique habían formado



un conjunto de música afrocubana; arrinconaban contra la pared los muebles y todos brincaban y sudaban tratando de seguir sus ritmos. A veces, Enrique se acercaba a Gabriela y a mí y trataba de convencernos de que bailáramos, gritando por encima de la música. Le hacíamos caso. Gabriela bailaba muy bien y a mí me gustaba sentirla entre mis brazos; pero de pronto empezaba a hablar de Luis con una conmiseración que no lograba ocultar su nostalgia, luego lo comparaba con su padre, y al fin me ponía la mano en el cuello y se apretaba contra mí. Aunque esto no me desagradaba, la situación era tan equívoca que prefería dejar de bailar y volver a nuestras conversaciones de siempre.

—¿Conoces la correspondencia entre André Gide y Rainer María Rilke?

—Sí —mentía yo.

—Es maravillosa, ¿verdad? Pero, desde luego, Rilke es el que es verdaderamente extraordinario. Conocer a alguien así... Eso sí que valdría la pena. —Sonreía y ponía la mano sobre las mías—. Sin intención de ofenderte, conste. —Hacia una pausa y luego seguía con absoluta naturalidad—. Yo no soporto la falta de sensibilidad. Por eso sólo podría enamorarme de alguien como papá.

Las parejas seguían brincando a nuestro alrededor. Ella, ajena a todo, se perdía en interminables relatos sobre su infancia, la juventud de su padre y lo maravilloso que era todo entonces, a pesar de que él tenía que trabajar aún en una serie de tonterías que no le importaban y le quitaban el tiempo. A mí entonces, aunque no dejaba de vigilar a Elena, todo me parecía fascinante también; pero al final, sin darse cuenta, Gabriela llegaba a la época de Luis y cambiaba de tema. Creo que en realidad, hasta que se separó de él, nunca había logrado diferenciarlo de su padre, y lo que motivó la ruptura fue precisamente este hecho.

Raúl me preguntaba si estaba enamorado de ella; y yo que nunca quise decirle que la que en verdad me importaba era Elena, prefería dejarlo en la duda. Él era una persona muy difícil y aunque en un tiempo fuimos bastante amigos, nunca llegamos a intimar realmente. Por eso, cuando por motivos que no vienen al caso dejamos de vernos, no hice nada para reiniciar la amistad.

Por fin, en el coro de la iglesia, Gabriela conoció a Erick, que era uno de los barítonos, y empezó a salir con él. Nuestra relación se enfrió un poco; pero este suceso me dio ocasión de tratar más a Elena, que salía a recibirme cuando Gabriela no estaba. Nunca perdió la timidez y en realidad al principio hablábamos muy poco; pero se sentaba a mi lado y lentamente fui consiguiendo que me contara cosas de sí misma. Admiraba a su padre, tanto como Gabriela y de la misma manera enfermiza que ella; pero también quería a su hermano y la falta de comprensión entre él y Pablo la hacía sufrir. Me di cuenta de que se sentía muy sola y a veces también muy desgraciada, aunque era incapaz de confesárselo a nadie. Leopoldo quería hacer de ella una gran pianista y a ella le gustaba tocar; pero la idea de hacerlo en público le llenaba de un miedo invencible. Me contó algunas cosas que no sabía de Gabriela y también que una vez Carmen, su hermana, había intentado suicidarse por falta de dinero y desde eso su padre le pasaba una mensualidad. Ella, en el fondo, a pesar de su miedo, lo único que deseaba era ser una muchacha como cualquier otra que asistiera a bailes, tuviera enamorados y pudiera gozar de esas cosas sin ninguna preocupación, sólo que en su casa tener esas aspiraciones era una deshonra irreparable y siempre fingió desdenarlas.

—Cuando era chica —me decía—, me iba a la huerta de la casa de Toluca y pensaba que los árboles y los pájaros y las nubes deberían poder hablar, para contestarnos cuando quisiéramos. Enrique y yo nos llevábamos muy bien entonces. Vivíamos trepados en los árboles. Una vez me subió a uno y me dejó allí y yo me pasé horas llorando, porque no podía bajar. Luego tenía un miedo horrible de que lo acusara. Cómo iba a hacerlo. Enrique es muy bueno. Es una lástima que todo haya cambiado tanto. Si pudiéramos volver a ser niños...

En tanto, Erick visitaba ya a Gabriela en su casa y asistía a las reuniones que organizaba Enrique, así que yo me dedicaba por completo a Elena. Durante una de esas fiestas bailé por primera vez con ella. Esa noche había bajado por primera vez sin calcentines y creo que los dos la pasamos muy bien.

A la salida, Raúl me dijo que Lolita se había acercado a él para comentar que no le gustaba que me ocupara

tanto de Elena, que ella era muy chica y, después de todo, ellos no sabían nada de mí. No le hice ningún caso.

Seguí visitando a Elena como de costumbre, hasta que una tarde Pablo se presentó de pronto y le pidió que nos dejara solos. Como siempre, vestía su grueso y manchado suéter azul oscuro y tenía las manos, el pantalón y las botas llenas de yeso.

—Tú sabes que yo no tengo precisamente un espíritu burgués y no comparto los prejuicios de muchísima gente —empezó—; pero mi mujer... bueno, tú ya la conoces. Es inútil; nunca sacaremos nada de ella. Está educada de una manera y es imposible hacerla cambiar. Me desagrada mucho todo esto, no va con mi carácter ni con mis ideas; pero en cierta forma tiene razón y, aunque por diferentes motivos, yo pienso lo mismo que ella. Tú sabes que tengo ciertos proyectos para Elena y no me gustaría que no llegaran a realizarse. Ella es sólo una niña, una niña muy sensible y muy inteligente, pero sólo una niña. Con Gabriela era distinto. Ella, creo yo, ya sabe lo que hace y tú le has hecho mucho bien inclusive. Pero Elena es otra cosa. Bueno el caso es que mi mujer piensa que no debes venir a verla tan seguido. Ella puede imaginarse cosas y... Tú eres un muchacho inteligente y me comprendes, ¿no es cierto?

Yo estaba harto. Cuando empezó sentí el impulso de adoptar el papel de enamorado rebelde, pero al final sólo me sentía fastidiado y no quería saber nada de nada.

—Comprendo —dije—. Pero yo no...

Pablo no me dejó terminar.

—No me gustaría que me malinterpretaras. No quiero decir que no vuelvas. Aquí todos te estimamos. Sólo debes... cómo te diré, espaciar un poco más tus visitas, para que Elena no piense que tienes... otro tipo de interés.

Lo comprendía todo; pero ahora estaba exasperado y no quise admitirlo.

—No es necesario —contesté—. Le prometo que no volveré.



Pablo hizo un esfuerzo.

—Como quieras —terminó.

No esperaba que reaccionara así; pero ya que lo había hecho no había nada que decir. Salí de la casa y me propuse no regresar e intentar ver a Elena en algún lado, fuera de ella.

Sin embargo, dejé pasar una semana sin hacer nada y una tarde Gabriela me llamó por teléfono para pedirme que fuera a verla. Me dijo que sabía lo que había pasado con su padre y quería hablarme, pero no quiso aclarar nada más.

Eso era en marzo. Había polvo y mucho calor. Sudé de lo lindo mientras caminaba hasta su casa y llegué sintiéndome sucio y malhumorado. Llamé y Gabriela en persona salió a abrir. Dijo que no quería que nadie me viera y me hizo pasar a su cuarto.

—Elena y mamá salieron —me explicó ya en él—. Quiero consultarte algo.

Le pregunté directamente qué era; pero quería hacerse la misteriosa. Contestó que me lo diría después y empezó a preguntarme cómo había sido la escena con su padre. Todo era absurdo. Sentada en la cama, hizo que le repitiera cada palabra mil veces y al fin me preguntó si sabía que iba a casarse con Erick y su padre estaba de acuerdo. Comprendí de pronto que no quería consultarme nada y que lo que pasaba era que estaba celosa. Le molestaba que Pablo se opusiera a que yo visitara a Elena y en cambio le permitiera a ella casarse con Erick, aunque, naturalmente, no se daba cuenta de nada.

—Me molesta que un hombre como él se ocupe de esas tonterías —dijo.

Yo la miré sin saber qué decir. Estaba muy excitada.

—¿Qué te parece lo de mi matrimonio? —siguió.

—No sé. ¿Lo quieres? —pregunté.

—Tal vez. Erick tiene una voz maravillosa y es muy sensible. Pero quiere que nos vayamos a vivir a Puebla.

Por decir algo le pregunté tontamente qué iba a hacer con la niña.

—Me la llevaría —contestó.

No se me ocurrió nada más. Nunca habíamos hablado de esas cosas y en realidad no me importaban. Gabriela subió las piernas a la cama y se recostó contra la pared. Un mechón de pelo se le había caído sobre la frente; la excitación le ponía un brillo en los ojos y de pronto yo empecé a desearla. Ella se pasó la mano sobre el pelo, sin arreglarle el mechón.

—No entiendo por qué hizo eso contigo mi padre —comentó sin motivo, después de una pausa. Y luego agregó—: ¿qué te parece lo de mi matrimonio?

Sin pensarlo, me levanté de la silla en que había estado y me senté junto a ella en la cama.

—¿Qué te parece a ti?

—No sé... no sé... Por eso te pregunto. Tienes que ayudarme. Luis va a salir de la cárcel.

Le tomé la mano y ella me la apretó.

—¿Qué te parece? Dímelo. ¿Qué te parece? —dijo, mirándome a los ojos.

No contesté nada, me incliné sobre ella y la besé en la boca. Después de un momento, me apartó y rompió a llorar.

—Erick es tan bueno, tan bueno... ¡Vete! ¡Vete!

Salí del cuarto y en la escalera me encontré con Elena y su madre. Las saludé turbado. Elena me acompañó hasta la puerta, me preguntó por qué no había vuelto y le prometí ir a buscarla algún día a la escuela de música; pero después tuve miedo de que Gabriela le hubiera contado algo y nunca cumplí mi promesa. En abril supe que Gabriela se casaba con Erick, pero no recibí invitación para la boda y nunca volví a la casa de los Riviere.

Eso fue hace casi dos años. Raúl me contó que, al fin, el dinero que había reunido Pablo se había agotado por completo; pero él seguía trabajando en sus esculturas, sin adelantar un solo paso. Ahora Enrique era el que sostenía la casa. Para hacerlo se había asociado con Luis, el primer marido de Gabriela, que había salido de la cárcel con mucho dinero; tenían un negocio de muebles. Elena seguía estudiando el piano y tenía novio. Un muchacho químico, exce-



lente persona, al que no le interesaba el arte. Gabriela se fue a vivir a Puebla con Erick, tuvo un hijo con él y prometió no volver a poner un pie en la casa de sus padres cuando supo que Enrique se había asociado con Luis. Pero luego se separó de Erick —parece que éste no sólo era un obseso sexual, sino que además bebía y, según Gabriela, hasta llegó a pegarle—, olvidó su promesa y regresó por segunda vez, ahora con dos hijos, a los vastos salones llenos de estatuas y reproducciones en yeso de la casa colonial californiana. Había abandonado el canto. Quiso servirle a su padre de modelo, aun en los desnudos, y de allí fue sacada para ser recluida en el sanatorio.

Los recuerdos despertados por el relato de Raúl hicieron que deseara ver a Elena; pero no me atreví a ir a su casa, y tuve que esperar a que empezaran las clases en la escuela de música. Por fin, fui una tarde y la esperé más de media hora, apoyado en el tronco de una jacaranda. Era marzo de nuevo y empezaba a hacer calor otra vez. Los últimos rayos del sol hacían brillar las ventanas de la escuela. Cuando la vi salir sentí una emoción extraña. Había crecido mucho y ahora usaba el pelo corto, pero seguía siendo maravillosa.

Sin embargo, no llegué a hablarle, ni creo que ella me haya visto. Al salir se dirigió directamente a un coche en el que yo ni siquiera me había fijado. Un muchacho se bajó de él, le abrió la puerta, la ayudó a subir y volvió a cerrarla. No esperé a que arrancara. Comprendí que aquellos eran otros tiempos y las cosas habían cambiado desde entonces; di media vuelta y regresé a mi casa.